

LA PUTA Y EL DIOS

Raúl Iglesias





EDICIONES ZAMBURRIO

© Raúl Iglesias.



Esta prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma o de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, copias, registros u otros medios, sin el permiso previo escrito del titular del Copyright.

Este es un ejemplar que el autor obsequia de forma altruista y gratuita: **está terminantemente prohibido comerciar con él.**

Puedes dejar tu opinión comentario o sugerencia en:
estircolyrosas@hotmail.com



safeCreative



1 201060 858009
INFO ABOUT RIGHTS

LA PUTA Y EL DIOS



1090

1090

DESPUÉS DE PROBAR LA AMBROSÍA,
TODO LO DEMÁS TE SABRÁ A MIERDA.

1090

1090

*Se enfrentan, la piel y el viento,
pero sin tenerse al lado.
El viento pasa invisible,
pero se acaba mostrando
cuando eleva, furibundo,
las casas con sus tejados.
Si no lo enfadas, te roza,
volviendo a pasar de largo.
Si lo enfadas, no atraviesa:
te revienta sin pensarlo.
Le gusta, que cuando pasa,
se sepa bien que ha pasado,
dejando tras sus espaldas,
trozos, trizas y pedazos:
pero sólo si lo enfadas;
sólo cuando está enfadado.
En uno de sus envites,
llegó a las nubes un árbol,
que arrancado de la tierra
echó raíces, sensato.
Viaja conociendo el mundo*

como las aves, migrando
y los ángeles anidan
sobre su copa, trinando,
con las alas florecidas
de geranios y de nardos.
La carne pasa exhibiendo
su volumen con descaro:
es el único enemigo
que se anuncia boceando
y, como suele pasar
al que ataca con descaro,
pierde siempre la batalla
antes de haberla empezado.
Carne, carne, carne, carne,
no aprendiste y te enseñaron
a llegar a ser humilde
y no sólo a aparentarlo.
Carne, carne, carne, carne,
recuerda que eres de barro;
que cuando secas te rompes
y mojada eres un asco.
Se enfrentan la piel y el viento,
pero sin tenerse al lado,

*pero al final, como siempre,
se acabarán encontrando.*

*Se hizo construir guarida
con las paredes de callo
y revestida de plomo;
plomo, rocas, piedras, cantos...
Se mal crió entre algodones:
de pequeño le enseñaron
a protegerse de todo
para mantenerse a salvo.
¿De qué o de quién? Quien lo sabe,
pero aquello le inculcaron.
Sólo conoció a sus padres
y a un tal Wilson, aquel criado
que cubría sus antojos
siempre vestido de blanco.
Nunca jamás vio la calle,
pero le habían contado
que era un lugar tan infecto
como el alcantarillado:
que los virus y bacterias*

campaban en cada lado
y que eran dañinos como
el resto de los humanos.
En la soledad se crío,
entre el miedo y el espanto,
creyendo que todo era,
como poco, muy, muy malo.
Lo que no estaba prohibido
resultaba ser pecado
y sólo quedarse quieto
le daba buen resultado.
De comer le daban poco,
le daban poco y muy sano:
a sus padres les gustaba
tener un hijo delgado.
Su casa era la bañera,
porque al día era obligado
a ducharse unas diez veces
y después, otros diez baños.
Sus padres, sí, lo querían,
quizás... quizás demasiado,
y no le dieron jamás
ni la mitad de un abrazo,
por miedo que al arrimarse

*pudieran hacerle daño.
Pálido como la cal
se machaca recordando
que sus padres se murieron
si llegar a ser ancianos.
Claro, porque él se pensaba
que al cuidarse tanto y tanto,
llegarían por lo menos
a los ciento veinte años.
Un día no aguantó más
y quiso ir a acompañarlos:
abrió los siete cerrojos
y el resto de los candados,
abriendo, roto, la puerta,
y fuerte, salió inspirando,
pensando que el exterior
le acabaría matando.
Pero nada sucedió:
dio un paso... un paso, otro paso...
y supuso que era eso
aquello de ir caminando.
Le rozó el viento la cara
y se sintió liberado:
se llenaron sus pulmones*

de algo más que de catarros,
que acarreaba desde niño
por procurar evitarlos.
Caminó más y vio gente,
gente que le saludaron:
parecían tan amables;
no parecían tan malos.
Y tenían buen aspecto:
altos, fuertes, vivarachos
y en nada se parecían
a lo que a él le contaron;
siempre decían sus padres
que eran enfermos y raros;
poco más que unos cadáveres
rodeados de gusanos.
Una chica lo cogió,
apretándole la mano
y sintió la calidez
que a él se le hubo negado.
Le preguntó la muchacha
sin moverse de su lado:
"¿Eres de aquí?, ¿Eres de lejos?
Pareces recién llegado."
"Sí, vengo de otro planeta,

pero a este al fin me he mudado".

*"Pues bienvenido a mi mundo,
¿Sabías que eres muy guapo?*

*Yo jamás imaginé
que así fuerais los marcianos..."*

*Con un par de ramas secas,
se ha hecho la hormiga unos zancos,
para poder ver el mundo
que hay encima de los tallos.*

*No es porque ella renegase
de su compadre el gusano,
su amiga la mariquita
e incluso el escarabajo.*

*Ella quiere conocer
el mundo que le contaron:
el sabor no se define;
el sabor hay que probarlo.
Pudo observar, lo primero,
de un inconsciente vistazo,
que parecía infinito;
interminable, aquel prado.
Jamás, nunca ella podía*

habérselo imaginado,
pues se pensaba que ya
todo lo había explorado
en sus largas caminatas
para recoger el grano.
pero entonces se dio cuenta
que su creer no era exacto,
porque aquel mundo es muy grande
y pequeñitos sus pasos.
Atónita, sin creerlo,
proseguía caminando
con ansia, muy, muy deprisa
y a andar casi no da abasto.
Se paró junto a la sombra
de la copa de un naranjo:
dado su fruto naranja,
su nombre no era tan raro
-pensaba hábil la hormiguita
a la vez que iba parando.-
Por caminar tan deprisa,
ya se había fatigado
y el tiempo que adelantó
lo atrasará descansando.
Perpleja, pero contenta

se quedó mirando el árbol
porque nunca había visto
nada, nada, tan, tan alto:

"Quizás lleguen hasta el cielo
las ramas de este naranjo
y coja de sus naranjas
un Dios con sus mismas manos."

- Piensa para sí la hormiga
mientras se va ensimismando.-

Pero quebró el pensamiento
el graznido de aquel grajo:

- ¡Eh, Dime pequeña hormiga!

¿Eres muchacha o muchacho?

¿Por qué miras tanto el fruto,
te gustaría probarlo?

- ¡Oh! Hola mi negro amigo.

Soy muchacha, no muchacho
y quiero probar el fruto:

lo quiero probar; ¡pues claro!

- Pues uno te arrancaré,

pero ten mucho cuidado:

por si acaso apártate;

¡apártate de ahí abajo!

Y tronchó el grajo la unión

*de la naranja y el árbol
y la naranja cayó
como hace en guerra el soldado.*

- ¿Te encuentras bien hormiguita?

No me digas que te he dado.

*- Cerca, me ha caído cerca,
pero hábil la he esquivado.*

*- Prueba, prueba ya este fruto
por donde está agujereado:
lo rico no es lo de fuera;
es lo de dentro; es el gajo.*

*Prueba con tus tenacillas
por dentro del manto blanco.*

- ¡Es un sabor estupendo!

Apetecible y extraño.

*Es el más grande manjar
que probaré y he probado.*

*¿Tú crees que yo podría
a mi hormiguero llevarlo?*

*Tendríamos con el, postre
para casi todo un año.*

*Voy a bajarme de aquí
y probaré así, rodando...*

Ufffff, imposible: este fruto

es demasiado pesado.

Nunca lo podré llevar:

soy fuerte, pero no tanto.

*- No te preocupes amiga,
con mis garras, presionando,
lo llevaré donde quieras;
donde quieras tú llevarlo.*

*- Harías eso por mí:
¿lo harías, precioso grajo?
Pues mi hormiguero está allí
-dijo al grajo, señalando-.
Yo proseguiré mi viaje:
me queda un camino largo.
Muchas gracias, negro ángel,
te verás recompensado:
cuando el invierno nos llegue
y te escatime el bocado,
tú, vuela hasta mi hormiguero;
para ti siempre habrá algo.
Encantada, ha sido un gusto.
-Y yo también encantado.
Ojalá, ojalá, hormiguita,
que volvamos a encontrarnos.*

*Prece el más alto, el más fuerte,
pero siente envidia el cardo
de las flores tan preciosas
de perfume delicado.
Siente nostalgia por ser
alguno de aquellos ramos
tan bonito y colorido;
tan sonrientes y adornados.
Y las flores lo insultaban,
altivas y voceando:
"No te juntes con nosotras:
!sólo eres un mamarracho!
Deberías irte lejos:
!no mereces nuestro lado!"
Se sentía, tan, tan mal,
que lloraba, cabizbajo,
sin atrever a mostrarse;
totalmente avergonzado.
Pero se oyeron pisadas
y sobre de ellas la mano:
esa mano que a tirones,
una a una fue arrancando,
dejando con sus envites,
del suelo, tan sólo a un palmo,*

agonizantes, heridos
y quejumbrosos los tallos
que portaron la belleza
que a tirones destronaron.
Fue entonces cuando llegó
la mano y pasó de largo,
sabiendo que las espinas
son precursoras del daño.
Fue entonces que comprendió
que no es malo no ser guapo
porque lo bello lo arrancan
pero se queda en pie el cardo.

Noche, noche; llena luna
que rocía con su estaño
a las delicadas tejas
que ensueñan desde ahí abajo.
Ojo que todo lo ve,
reluciente y bello faro
que alumbra las ilusiones;
las de los enamorados.
Ilusión de cercanía
y paraíso lejano:

*¿será que distes más vidas,
o más vidas te has llevado?
Que te responda el suicida.
Pregúntale al engendrado
bajo la luz de ese fuego
que nunca a nadie ha quemado.*

*Ñales de blanco acero
presumen de ensangrentados,
florecidos de claveles
tan viscosos y tan ralos.
Gotean de sus hazañas,
haciendo con ellas charco,
donde la vida resbala
y se acaba desnucando.
Habrase visto otra vez:
!maldito fresón amargo!
Que hizo secar a su mata
como el hijo más bastardo.
Habrase visto otra vez:
!maldito fresón amargo!
Sólo sabe envenenar
sin haber alimentado.*

*Habrase visto otra vez:
!maldito fresón amargo!
De exterior tan reluciente
y un interior fracasado.
Corre, corre caballito,
que para eso has sido herrado;
para recorrer el mundo
sin aniquilar tus cascos.
Pero llegó la cojera
y después llegó el disparo...
Nunca estuvieron tan cerca
dos parientes tan lejanos.
Corre, corre caballito
a ese cielo tan nublado:
negro como tu pellejo;
como tu carácter, bravo.
Corre, corre caballito,
corre que aún no has llegado;
no has llegado a tu destino;
a ese cielo tan nublado:
negro como tu pelaje;
como tu carácter, bravo.
Puñales de blanco acero
ocultos tras el abrazo:*

*disfrazado de telón
donde se gesta el teatro.
Filos con sabor a sangre
de tanto haberla portado.
Filos sin olor a vida
de tanto haberla quitado.
Puñales de blanco acero,
puñales de acero blanco.*

*Brindaron por la victoria
con las entrañas de Baco,
con los puños bien arriba
y los dientes apretados,
mientras rodaba el sudor
y del negro iba apañando,
que recubría los rostros
en un carnaval macabro:
máscaras de sangre seca;
máscaras de tierra y barro.
Se orinaron en las fosas
donde pudren los soldados:
que da igual sus vestimentas,*

*sus ideales, su bando...
porque al final vestirán
iguales y uniformados
con traje de calavera;
calavera y huesos blancos.
Se orinaron en las fosas
donde pudren los soldados,
regando los cuerpos rotos
y los cuerpos mutilados,
que por mucho que los rieguen
y que los hayan regado,
no les crecerán de nuevo
ni las piernas ni los brazos
que se llevaron las minas;
los disparos se llevaron.
brindaron por la victoria,
por la victoria brindaron,
sabiendo que esa victoria
también era otro fracaso.
Los supervivientes lloran
mientras que mascan tabaco,
mientras miran a lo lejos
la cosecha que dio el campo:
miles de cuerpos inertes*

boca arriba y bocabajo.
Nunca floreció con carne,
hasta que llegó aquel mayo.
Hace calor, sienten frío
y se sientan tiritando:
la celebración no basta
porque hay que celebrar algo.
Y se quitan la chaqueta,
también se quitan el casco:
ahora les ronda el fuego
por todos sus alrededores.
Las cantimploras, vacías
como una luna de esparto,
repiten el estribillo
del vacío más colmado.
Las cananas polvorientas
se esconden como lagartos,
en cada cruz, cada grieta;
debajo de cada canto,
abortadas de su plomo
mientras se van desangrando.
Las miradas se perdían
sin cascabel ni "changarro",
aunque de haberlas oído,

no las hubiesen buscado:
las miradas se perdieron
y jamás las encontraron.
Completamente en silencio
y aún se oyen los disparos
en las cabezas y sienas
de quienes los dispararon:
siempre al final la conciencia
se acabará revelando.
Y retumbaran ya siempre;
cada vez lo harán más alto:
y aún más alto lo harán
con los oídos tapados.
Hasta que empuñen un arma
esos pobres desgraciados:
los mismos, que la victoria,
sonrientes, celebraron
y, orinaron en las fosas;
las fosas de los soldados.
Apretarán el gatillo
-que es el cuerno del diablo-
y partiendo de la boca,
hasta reventar el cráneo,
saldrá, veloz, una bala,

que acallará los disparos:
delicada paradoja
que pasará por sus manos.
La celebración es corta
si no se celebra algo.

*A*yer amaneció tarde:
acabaron con el gallo.
No se sabe quién ha sido:
se sospecha de los vagos,
que de madrugar no gustan
y les incordiaba el canto
que auguraba que al momento
aparecería el claro.
Dicen que el arma homicida
aún no la han encontrado:
se sospecha de una piedra
que en la cabeza lo ha dado,
dejándolo fuera un ojo
y su pico ensangrentado.
Dice la Guardia Civil,
que las pesquisas no han dado,
aún, en estos momentos

el resultado esperado,
pero que andan tras la pista
del más bago de los bagos:
don Joaquín Reyes Gutiérrez,
conocido en el condado,
por acostarse a las ocho
y levantarse a las cuatro;
y esas cuatro horas despierto
se las pasaba acostado.
Llamaron tanto a su puerta
que casi la derrumbaron,
sin conseguir despertar
a este hombre, tan, tan bago.
Y es que hay que reconocer
que para él era temprano:
¿A quién se le ocurre ir
a verle a las doce y cuarto?
Dejó de ser sospechoso
Joaquín Reyes y otros cuantos,
cuando promulgó el forense,
después de rajar al gallo,
que había muerto de viejo:
por la causa de un infarto
y al caerse de la verja

*se había descalabrado.
Se resolvió aquel enigma:
problema solucionado.
Lo que nadie imaginó,
nadie había imaginado,
es que primero fue el golpe
y por su causa, el infarto.
Don José Pacheco Gómez,
un hombre muy respetado
por todos sus semejantes;
un trabajador honrado,
fue el que tiró aquella piedra
precursora del impacto.
Resulta que hacía tiempo
que se iba a picar, el gallo,
el huerto de don José,
sin parar de destrozarlo:
arrasando su cosecha
de tomates y de nabos.
Una mañana cualquiera,
se levantó muy temprano
y aprendida la rutina
que seguía siempre el gallo,
cuando de subió a la valla,*

*se agachó; José y su mano
y del suelo recogieron,
apretando fuerte, un canto.
Sin que llegase a cantar,
en el momento adecuado,
Don José, tiró la piedra
y el gallo murió en el acto.
Pobrecito, Joaquín Reyes.
También, pobrecito el gallo.
Pobre la Guardia Civil
y pobre el forense errado.
!Y que viva don José!
Porque por fin ha vengado
el honor de sus tomates
y también el de sus nabos.*

*No quiere Crist, en la tierra
cruces de lujoso mármol:
si queréis rendirle culto,
basta con cruzar dos palos.*

*Quebró sus flechas Cupido:
su puntería ha fallado,
y es que ha unido sin querer
a una gitana y un payo.*

*Quebró sus flechas Cupido:
su puntería ha fallado,
y es que ha unido sin querer
un golpe con un abrazo.*

*Quebró sus flechas Cupido:
su puntería ha fallado,
y es que ha unido sin querer
a una fea con un guapo.*

*Quebró sus flechas Cupido:
su puntería ha fallado,
y es que ha unido sin querer
a unas botas y a un descalzo.*

*Quebró sus flechas Cupido:
su puntería ha fallado,
y es que ha unido sin querer
a lo seco y lo mojado.*

*Quebró sus flechas Cupido:
su puntería ha fallado,
y es que ha unido sin querer
a una gorda con un flaco.*

*Quebró sus flechas Cupido:
su puntería ha fallado,
y es que ha unido sin querer
a la unicornio y al asno.*

*Quebró sus flechas Cupido:
su puntería ha fallado,
y es que ha unido sin querer
a un macho con otro macho.*

*Quebró sus flechas Cupido:
su puntería ha fallado,
y es que ha unido sin querer
la timidez y el descaró...*

*Del errar, a veces sale
el error más acertado.*

*Comido por la miseria,
pataleaba un muchacho
con el precio sin quitar,
totalmente destrozado.
El azar de haber nacido
en un útero macabro,
que le cambió la placenta
por muerte y por desengaño.*

*Su madre, yace en el suelo,
quizás víctima del parto:
dilatarse hace difícil
cuando pesas "treintaytantos".
Quizás, ya estuviese muerta
y hubiese resucitado,
para dar a luz a un hijo
al que ella quería tanto,
y no pudiese en su entraña,
como un órgano, secando.
Pero el exterior es cruel
en este lugar tacaño,
que tiene poca riqueza
a repartir entre tantos.
De los pechos, nada sale:
son un desierto colgando
de aquellos huesos y piel
que ya se están marchitando.
El niño llora que llora
a su cordón amarrado,
aún unido a esa madre
que solo no lo ha dejado.
Se oye volar a las moscas
avanzando con descaro,*

acercándose a un hedor
que tienta como un pecado.
Dejó de llorar el niño;
el niño ya se ha callado:
tenía fuerzas tan sólo
para un minuto de llanto.
Que putada haber nacido
en el sitio equivocado.
Que vergüenza que haya sitios
que así puedan ser llamados.
Dejó de llorar el niño;
el niño ya se ha callado.

Nunca temió, el tronco joven,
a las historias de rayos
que le contaba su abuelo
en las noches de verano.
Incluso, le hacían gracia
e interrumpía a su yayo,
con alguna tontería
de niño mal educado.
Y, cuando ya fue mayor,
-un tronco robusto y alto-

se dio cuenta que su abuelo,
-que ya se había secado-
no mentía con la historia
que contaba sobre el rayo.
Un mediodía de agosto,
el sol se había nublado
y, tras ello, las tinieblas
se fueron abriendo paso.
Partía el negro, una luz,
que hacía al cielo mil cachos,
y cayó una de esas luces,
justo, del tronco, a su lado.
Necio, intentó arrancarse
y huir de aquel trago amargo,
sabiendo que no podía...
a su raíz amarrado.
Mientras el fuego crecía,
se consumía, pensando,
que su abuelito fue un tronco,
y además de tronco... sabio.

Como la puta y el Dios,
que compartieron sus pasos:
ella supo arrepentirse

*y él perdonó sus pecados.
Como la puta y el Dios:
como ellos nadie se amaron,
aunque uno fuese divino
y la otra de escaso rango.
Como la puta y el Dios,
que en los labios se besaron,
mientras unías los círculos:
el de la liga y el halo.
Como la puta y el Dios,
que prefirieron lo amargo
estando juntos, que el dulce
teniéndolo separados.
Como la puta y el Dios,
que apenas crucificado,
ella le enjugó la sangre
y maldijo aquellos clavos.
Como la puta y el Dios,
eternamente abrazados,
porque ella nunca murió,
y él... él ha resucitado.*

*Quanta carga por llevar
y nadie tira del carro:
las bestias, todas huyeron
y se abolió ser esclavo.
Inconscientes señoritos,
sin ningún tino, cargaron
con objetos tan inútiles
como eran sus propias manos,
los ejes, que se retuercen
mientras miran para abajo.
La madera, gime, cruje,
llora ante un peso tan basto,
mientras su chirriante beta
presiente cerca el fracaso
que siempre suele estar cerca;
al acecho por si acaso.
Sólo tienen dos opciones.
Una: ellos mismos llevarlo,
pero bien saben, conscientes,
que no podrían sus brazos.
Dos: de nuevo ir hacia atrás
y volver a descargarlo.
fue curioso, muy curioso,
porque no se decantaron*

por ninguna opción de ellas;
una nueva se inventaron:
para no hacer más esfuerzos,
la carga arriba dejaron.
El carro, al fin sucumbió:
la carga se ha derramado.
Y pudrieron los tres juntos:
la mercancía y el carro;
y los pobres señoritos;
pobres, pero adinerados.

Él la amaba con locura,
y su corazón, de cuajo,
se arrancararía si ella
le propusiese arrancarlo.
Se sentía como un niño
dentro de aquellos abrazos,
recordando la placenta
que lo protegía antaño.
Era feliz como nadie,
cuando tocaban sus manos,
melodías de placer
en aquel rosado piano

que permanecía abierto
para siempre ser tocado.
Él la amaba con locura:
era un loco enamorado
y, si ella se lo pidiese,
moriría entre sus labios,
como el valiente recluta,
como el valiente soldado
que quiso alcanzar la bala
que ella le había tirado,
sólo por tener su plomo
infectándole el costado.
Él la amaba con locura:
pobre loco enajenado,
que confundía los besos
con los terribles bocados.

*H*ay un salón con tres puertas,
con sus tres pomos chirriando.
Hay llenado algún abismo
con los fondos de los cazos.
Hay diez rejas, un espejo,
seis piedras con seis lagartos.
Hay un evangelio roto

entre dos muslos lozanos.
Desvirgaron a la cumbre
y en la cima sólo hay barro:
la nieve se derritió
al contacto con el falo.
Escamotean al cielo,
los trileros, sólo claros,
y a los demás les reparten
el negro de los nublados.
Copa rota, portas sangre,
en tu interior rekosado
de la cosecha, que el corte
sobre de ti ha derramado,
con una árida nostalgia;
con el "bouquet" máspreciado,
por las papila raídas
por el vicio y el pecado.

*S*uitre, bien llenaste el buche
y despegar es un acto
que te parece imposible,
pero tu hambre ya has saciado,
y las alas no responden

*de ese cuerpo tan pesado.
Se aproxima un cazador
con el tiro preparado:
ahora preferirías
tener hambre y volar alto.*

*Mira cientos de colores,
sintiéndose rodeado
de una vida que rezuma
sin necesidad de caño.
Si no lo hay, ella hace cauce
a su caudal ajustado,
sin destrozar ni una micra
si no la ha necesitado.
Sin tapias, sin alambradas,
sin fronteras, sin respaldos...
se pasea, cantarina,
haciendo brotar al campo:
como el caballo de Atila,
pero justo lo contrario.
Vuelve a moverse el columpio
de aquella estrella colgado.
Se oyen risas en el cielo:*

la alegría no ha acabado,
tan sólo estaba escondida
para que no le hagan daño.
!Jamás! Nunca titubea:
rectificar es de sabios.
¿Y el hacerlo siempre bien?
Será de sabio al cuadrado.
Ella lo hace y lo hará bien,
si que le cueste trabajo;
es aquello a lo que llaman,
a lo que llaman innato;
porque lo que no se aprende
es imposible olvidarlo.

Con el anillo papal
en un dedo de su mano,
Satán, pasea a sus anchas,
entre calmado y verraco,
por las lujosas estancias;
las que alberga el Vaticano.
Entre ornamentos de oro
y columnatas de mármol,
se disfrazan los ladrones

*de buenos samaritanos,
tras vestimentas arcaicas
con faldones derrumbados.
Y con la vista en el cielo,
y con los brazos en alto,
se protegen la cabeza;
se protegen por si acaso,
sabiendo que sus palabras
no concuerdan con sus actos.
Predicando la victoria,
sólo alientan al fracaso:
son los malos generales
que mandan a sus soldados
a morir en la batalla
pudiendo haberlos salvado.
Culebras de boca negra
que nutren bien el manzano,
regándolo con la hiel
y pestilentes gargajos.
Embaucadores de alambre
con desastroso regazo,
que en vez de ofrecer la calma,
debajo esconde el ocaso.
Con una cruz del revés*

de su pescuezo colgando,
Satán, pasea a sus anchas
con todo su desparpajo,
por las lujosas estancias;
las que tiene el Vaticano.
Ejército de beatos,
beatos uniformados,
que lastran en sus riñones
la cólera del lumbago,
de sostener tanto tiempo
el peso de los pecados,
que pesan más, mucho más
que pesan los kilogramos.
Estudia todo demonio
en el mejor seminario,
para el día de mañana
poder llegar a ser santos.
En la viña del señor
hay héroes y villanos:
los villanos se acomodan;
los héroes, buenos vasallos,
con la fe como bandera
transparentan a lo opaco
Son curas, son misioneros:

siempre fue el soldado raso,
el que gana las batallas
que los grandes provocaron.
Entre exquisitas pinturas
y relieves delicados,
Satán, pasea a sus anchas,
entre presto y retrasado,
por las lujosas estancias;
las que alberga el Vaticano.
Mientras la miseria crece,
más se van adinerando.
Mientras crecen las distancias,
pues más se van apartando.
Si trabajan para Dios
y reciben como pago
sólo la satisfacción
que da el haber ayudado,
¿por qué miden en quilates
el total de su salario?
Atiendan muy bien ustedes,
que aquí les queda un recado:
cuando al final, llegue el juicio,
busquen un buen abogado,
porque comentan que Dios

*anda un poquito enfadado.
Ya lo pone en algún sitio:
"no hay que curar a los sanos",
y mucho menos aún
es necesario enfermarlos.*

*Quiere crecer muy deprisa
y ser rana, el renacuajo;
quiere perder esa cola
de zagal atolondrado.
Cuando ya sea una rana
y le pesen ya los años,
pensará, que por que el tiempo
no pudiese ir más despacio.*

*Recoge la diosa Marte
la resina de los dragos,
dispuesta a olvidar la sangre
que satisfizo sus tragos.
La metadona silvestre,
que está rehabilitando,
su apetito inagotable*

parecido al del escualo.
Temblores y escalofríos,
invaden su templo ufano
y, al necesitar la lana,
acabó con el escabro.
Alberga tanto poder
en sólo una de sus manos,
que temiendo de ella misma,
a su espalda las ha atado.
!Oh! Divina diosa Marte;
la que vistió con harapos
a jóvenes combatientes
que iban bien uniformados,
ahora, se tambalea
hasta llegar al lavabo,
en donde vomita costra
y algún trozo de tasajo,
de cuando su hambre saciaba
con carne de los humanos.
Ya va olvidando la maña
para bufar el zurriago
y ha cambiado por perfume
el olor del amoniaco.
Su piel, ahora sensible,

va en busca del arrumaco
que por miedo a fenecer
jamás nadie le hubo dado.
Sus suelas, muy desgastadas,
aún conservan el rastro
-que aunque seco, se notaba-
de pisar a vertebrados.
Sus sandalias sólo quieren
continuar dando pasos,
sin que ningún cuerpo estorbe
con su volumen debajo.
Aún trotan por sus sueños
caballos decapitados,
relinchando borbotones
mientras van agonizando.
Aún campan por sus sueños
muchos jóvenes muchachos
que entre ellos se mataban;
se mataban siendo hermanos.
Pero también en sus sueños
el futuro le ha hablado
y aparece claramente
aquel niño, aún nonato,
sólo para agradecerle

que su vida haya salvado;
-cuando acabó con su oficio-
la suya y la de otros tantos.
Hace poco que le han dicho,
que la echan, por impago,
de esa nube que pagaba
con sesos, ojos y bazos.
Aquellos extraños dioses,
del cielo la han desterrado,
por no cumplir su misión
de provocar muerte y daño.
Pero a ella ya no le importa:
ella pernoctará al raso,
con la conciencia tranquila;
con su espada de secano,
que ya no busca esa sangre
de la que se va olvidando.

*N*unca salió loco igual
de la mano de algún manco:
¿de la que faltaba? No;
será de la buena, claro.
Prodigioso caballero,

famélico y desgarrado,
que si hubiese combatido
junto a su autor, en Lepanto,
en vez de un brazo, los dos,
le hubiesen a él cercenado.
Caballero de molienda,
soñador y enajenado,
con armadura raída
y yelmo también ajado.
Trotó sobre un esqueleto
al que llamaba caballo,
en busca de desventuras
y de un dolor raro y grato.
Compañero de desdichas
del bonachón de don Sancho:
un gordo ángel de la guarda,
que ganó, sus alas y halo,
ayudando a su compinche
de locuras y de estragos.
Supo aprender de los libros,
que todo un mundo hay guardado
que nunca conoceremos
si se mantienen cerrados.
Así, entre el amor y el odio,

*fue visitando condados,
hasta morir, como mueren
lo caballeros de trapo.
Descansa en paz, don Quijote...
Dulcinea está a tu lado.*

*Atrasando los relojes
no va el tiempo más despacio.
Quitándonos las arrugas
es imposible engañarlo.
Disfrazados de bebés
pero con almas de ancianos,
bien sabe el cabrón del tiempo
cuando venir a llevarnos.*

*Flegó al cetro y la corona,
y con sólo un taparrabos
se marchó a seguir el cauce
que nadie le hubo marcado.
Era más duro su trono,
que las piedras y los cantos,
sobre los que reflexiona*

*tranquilamente sentado,
acerca de no moverse
o de quedarse parado,
solemne, mientras el viento
acaricia su tocado.*

*Renegó de sangres puras,
y obsequió con sus caballos
a los campesinos pobres
para que arasen sus campos.*

*Él, ahora se pasea
a la vera de un buen asno
al que no quería nadie
porque estaba deslomado.*

*Pero jamás lo montó:
como el jinete educado,
que supo llevar su peso
en sus piernas sujetado.*

*El burro es su compañía,
su compadre más cercano,
que le enseñó, que rencor
no hay que guardar nunca al amo:
quedarse con las caricias
y olvidar los latigazos.*

Camina sin miedo a nada

*y siempre lo hace descalzo,
porque considera un lujo
las botas y los zapatos.
Al principio, le costó
algún golpe y algún tajo,
pero conoció al camino
y los dos se respetaron
como dos buenos amigos:
polvo a polvo, mano a mano.
Sin metódica ninguna,
se alimentaba a intervalos:
si encuentra comida, come,
y no si no la ha encontrado.
Pero la tierra no deja
que se quede sin bocado
y brinda mil alimentos
a un comensal nada avaro.
Después de tantos festines,
de grasa, tocino, magro...
el día que se marchó,
se marchó de todo harto:
como tenía que ser,
se volvió vegetariano.
Camina muy despacito,*

*empapándose, observando,
como un mundo sin moverse
también podía ir cambiando.
Caprichosas estaciones;
su preferida, el verano:
no hay nada como una sombra
ante un calor inhumano.
Ya se olvidó del jabón,
pero no es ningún marrano,
porque al río baja siempre
para asearse a diario.
Debajo de la cascada
se siente tan motivado,
que piensa de los demás
que son unos desgraciados,
porque creen que ser limpio
reside en ser bien frotado
con el jabón más potente
y el más árido estropajo.
Pero bien sabía él,
que el candor nos viene dado
por tener un alma limpia;
también, un corazón blanco.
Él, camina despacito;*

*nunca toma los atajos:
si se camina sin prisa
jamás el camino es largo.
No recuerda a las doncellas,
ni a bufones, ni a lacayos,
porque los hombres son hombres
y nunca subordinados.
No recuerda la opulencia,
ni el llamar de lo dorado,
porque ya lo tiene todo
en el hueco entre sus pasos.
Querido rey sin corona,
sin saberlo... tan amado.*

FIN

1090

1090

*DESPUÉS DE PROBAR LA MIERDA,
TODO LO DEMÁS TE SABRÁ A AMBROSÍA.*

1090

1090